

Palabras del señor General Ramón Emilio Gil Bermúdez, Comandante General de las Fuerzas Militares, con motivo de su designación como "Miembro Honorario de la Sociedad Bolivariana".

Eon emoción inmensa que remueve las más sensibles fibras del espíritu, recibo la gran distinción que se me ha conferido, al designarme "Miembro Honorario de la Sociedad Bolivariana", la que verdaderamente sobrepasa mis merecimientos, me honra y exalta en grado sumo.

La recibo como una presea cuyo valor comprendo en toda su magnitud, poniéndola de inmediato y rendidamente, en los altares de las Fuerzas Militares de la República, donde como soldado de Colombia, aprendí un día a oficiar, en aras de su grandeza e inmortales glorias, y las que hoy me cabe la satisfacción y sano orgullo de comandar, por circunstancias que el destino inexorablemente traza y configura.

De manera especial ofrezco este homenaje a los soldados de Colombia muertos en acción, entre los cuales

destaco al señor General Carlos Julio Gil Colorado, cuya vida ejemplar nos muestra cómo debe hacerse la entrega de todo lo que somos al servicio de la patria: generosa, valiente, noble, altiva y gallarda.

Por eso al morir el General Gil Colorado, su cuerpo y su alma se han convertido en tea que ilumina nuestro camino, alienta y dirige nuestras acciones y nos llena el corazón de valor y entusiasmo para emprender con más brío y denuedo nuestra noble misión.

Llegar a este recinto majestuoso, nimbado por la aureola y presencia perenne del Padre inmortal, es desear de todo corazón, seguir penetrándonos con su legado de grandeza y vivificantes doctrinas, que hoy siguen marcando, a manera de insoslayables brújulas, las mejores rutas y aspiraciones, no sólo de las

naciones que bajo su espada e ideario se independizaron y consolidaron, sino, de todo un continente que sigue viendo en su vida, obra y pensamiento, el más consistente testamento de unidad, para encararse al porvenir con paso seguro y manifiesta esperanza.

De ese mensaje bolivariano que ilumina y conforta, son las Fuerzas Militares de Colombia seguras legatarias, y así lo atestigua, desde los mismos comienzos de la nacionalidad, su aguerrido talante y estoico espíritu, para sobrellevar todos los sacrificios y vicisitudes, con ánimo alegre e inmejorable, porque saben muy bien, que así lo exigen los altísimos intereses de la nacionalidad.

Nunca podríamos olvidar que ellas nacieron y crecieron bajo los mismos auspicios del gran Libertador, en cuya obra y pensamiento se forjaron, e igualmente delinearon sus mismos derroteros y destinos; destinos que han ido siempre aparejados con los de la insigne patria que él tanto amó, y a la que en todo momento deseó ver ensanchada, libre, justiciera y virtuosa, en la inmensa vastedad de sus sueños de olímpico guerrero, como de genio creador y magnánimo.

Sea lo primero, presentar mis sinceros agradecimientos a los integrantes de la Sociedad Bolivariana de Colombia, a su presidente doctor Virgilio Olano, a los miembros de la

junta directiva por la generosa y honrosa distinción que se me otorga. Además quiero hacer especial mención de las dignísimas señoras que integran la comisión de damas de honor de esta sociedad, cuya dedicación y fructíferas labores son ampliamente conocidas y apreciadas.

Recibid vosotros: damas y caballeros de la Sociedad Bolivariana de Colombia la expresión de mi sincera gratitud a la cual se une mi esposa, insigne compañera, quien ha compartido conmigo los trabajos y sinsabores como también los logros y honores de mi vida de soldado.

Al recibir esta distinción es mi ardiente deseo que ella participe del honor que tan generosamente se me otorga.

Debo además señalar, como una singular deferencia, que aprecio en todo su significado, el que se me otorgue esta honorífica distinción durante esta sesión solemne a la cual han sido especialmente invitados los delegados de las sociedades bolivarianas de las naciones hermanas: Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá reunidos en esta ocasión para conmemorar el aniversario del natalicio de Simón Bolívar, Libertador y Padre de la Patria.

Desde luego, hablar en este altar del patriotismo y de la inteligencia no

es nada fácil. Aquí, oradores insignes y plumas brillantes con autoridad histórica, sabiduría y lírica depurada, han proclamado de la manera más hermosa y sublime la vida y obra del Libertador. Empezando por la de uno de sus más egregios fundadores, el maestro Guillermo Valencia, cuando decía que para hablar de Bolívar había "Que tener una montaña por tribuna"; y como lo han ratificado hoy, el señor expresidente de la República doctor Julio César Turbay Ayala y el Presidente de la Sociedad Bolivariana, doctor Virgilio Olano en sus magníficos discursos.

Yo emprendo esta tarea, no con la ilustración de quien ha cultivado las disciplinas de la historia y del intelecto, sino con el corazón del soldado que ama a su patria, que en razón de este sentimiento, ha procurado servirla con devoción y entrega durante cuarenta años, tal como lo han hecho y lo hacen quienes tuvieron y tienen el privilegio de portar el uniforme militar y servir bajo las enseñas cuartelarias de la nación en armas.

¿Cómo no recordar ahora al genio tutelar, que en un solo haz humano, se fue perfilando a través de su existencia, como el gran batallador, el gran humanista y el gran visionario ?

Como lo primero, lo vemos en la flor de su juventud como aquel gran Aníbal, jurando odio eterno a sus

enemigos, profiriendo delante del maestro Russoniano Simón Rodríguez, el famoso juramento contra los tiranos de su patria, en la soledad del Monte Sacro de la Ciudad Eterna. Juramento que como los que iban necesariamente implícitos en todas sus proclamas, supo cumplir con creces, para el infortunio y vergüenza de quienes osaron en vano detenerlo en sus empeños libertarios.

Después más adelante, y como rayo que atraviesa el espacio en mágico corcel, lo divisamos en Caracas, su ciudad natal, como verbo y alma de la insurrección contra España.

Cartagena, Maracaibo, Angostura, el Magdalena, Las Antillas, Jamaica, Haití, Santafé de Bogotá, Pasto, Quito, Lima, Pativilca, Cúcuta, La Paz, Caracas, Ocaña, Bucaramanga, el río, el mar, la llanura infinita, el frío de Pisba, los hieráticos Andes, testigos van a ser entonces de su infronta y huella imperecedera, que se grabará en el alma de los hombres, por intermedio de la palabra como en Bogotá, Lima, La Paz y Angostura, o por medio de la espada heroica, como en Boyacá, Carabobo, Bomboná, Junín, Ayacucho, o de la pluma a la que jamás dio licencia, y que en sus manos de guerrero, de estadista, de conductor o de amante, supo traducir en todo momento sus destellos de gloria, que ni en San Pedro Alejandrino lo abandonarían jamás.

Tal trayectoria guerrera de Bolívar, apenas esbozada en sus rasgos más

relevantes, eleva su gloria militar hasta donde no ha llegado ningún otro general del Nuevo Mundo; porque, ninguno como él recorrió tanta tierra americana, ni realizó tantas acciones bélicas. Desde la desembocadura del Orinoco hasta los Andes bolivianos, el ejército libertador libró cerca de cuarenta batallas y más de trescientos combates.

Esta circunstancia, me lleva a sostener sin temor a equivocarme, que Bolívar es la más notable y superior figura guerrera de América.

Es Bolívar el más grande guerrero de nuestra historia, porque sintetiza la emancipación continental, la dinámica espiritual de un pueblo amante de la libertad, dentro de un orden capaz de garantizar esa libertad, interrelacionando los deberes y derechos ciudadanos.

Por ello, la espectacularidad de su acción creadora y el vigor de su pensamiento, trasciende el tiempo y la distancia y adquiere en el alma popular, caracteres imperecederos, en fin, porque supo subordinar la guerra a la conquista de su ideal político, campo en el cual, no tiene parangón en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, en el concepto de muchos, y en el mío propio, una faceta

del ideario bolivariano que se destaca por sobre todas, por su indudable actualidad, es la de la unidad continental: integración plena de todos los pueblos hispanoamericanos, que fue siempre en su mente de lúcido visionario, obsesión suprema, y de la que el congreso anfictionico de Panamá, fruto de ese anhelo, fue importante e indiscutible pionero para el logro de esa esperanza.

Pero, además, Bolívar ha sido el caudillo de mayor raigambre en la geografía y el medio latinoamericano; y de los pocos que entendió en qué medida podían aplicarse las ideas libertarias de las revoluciones norteamericana y francesa. Al final sucumbió ante la intoxicación dogmática de quienes lo acompañaron.

Desde entonces, en mayor o menor medida, la anarquía, el caudillismo, el desorden, la guerra civil y la inestabilidad política se apoderaron de Hispanoamérica, llamada por el pensamiento y acción de su más grande libertador a un mejor destino.

Sin embargo, nos ha quedado el ideario bolivariano, como base cierta y fecunda para construir con él un mejor vivir para nuestros pueblos. Sobre todo hoy, cuando la realidad

económica del mundo impone a Latinoamérica en términos de supervivencia su integración, este ideario del libertador, que nos muestra vías claras para superar la múltiple problemática política, económica y social que la aqueja.

Desde luego, si proseguimos siendo indiferentes con tales postulados, el riesgo de la pobreza, del subdesarrollo, de los vicios que de alguna manera afectan nuestro régimen democrático, pero sobre todo de la violencia en escalada que martiriza nuestra comunidad y que pareciera desarraigarnos de nuestros valores genuinos, nos llevarán más temprano que tarde a la anarquía y al caos y de pronto a perder la libertad que Bolívar nos legó como el más preciado tesoro.

Para los soldados de Colombia en particular, Bolívar es la expresión de las más caras virtudes castrenses: El honor, el valor, el desprendimiento, la generosidad y la gloria, brillan en su figura guerrera con caracteres imborrables, y forjan al héroe, como paradigma de quienes portan el uniforme de la patria.

Por todo ello y por más, por muchísimo más, nuestra deuda hacia Bolívar se torna entonces incan-

celable; tan grande es ella, que sólo nuestra gratitud hacia su persona y su obra, deben aventajarla en su gigantesca dimensión.

Expresión tangible de esa gratitud y afecto supremo hacia el genio, es precisamente esta sociedad bolivariana, que a través de los años, y bajo la égida de sus ilustres directores y consagrados miembros, han mantenido perpetuamente encendida la lámpara votiva de su cariño y admiración. Congregación de ilustres varones, que en comunicación constante con esa vida y legado de incontables hazañas y enseñanzas, ha querido en el día de hoy, en gesto que compromete mi agradecimiento infinito, otorgarme el carácter de miembro honorario, calidad muy superior a mis méritos, pero que desde ya me compromete, a contribuir en la medida de mis capacidades, a que el grandioso patrimonio moral del que esta renombrada institución es tan eficaz guardiana, se ensanche, y sea conocida aún más, especialmente por los miembros de las Fuerzas Militares de la Nación, que portan las armas legítimas de la República, como prolongación que son de esa estirpe y legado bolivariano, para honra, e inapreciable blasón de su espíritu y de Colombia.